

La cultura hispana en el autonomismo de Cuba

Por MILDRED DE LA TORRE MOLINA

Introducción

Regresar a las raíces es siempre alentador en tanto desarrolla la inteligencia a través del conocimiento de los múltiples caminos abiertos en el presente. El pasado no abandona los espacios del tiempo, por muy remotos que sean. A la vez que construye pensamientos y fundamenta proyectos viables para el mejoramiento humano, sobrevive en la espiritualidad como alma legitima de todas las conductas sociales. Sus esencias resguardan la eternidad de los valores humanos sin los cuales fenecería la humanidad.

Todo momento facilitador del debate sobre los orígenes de la nación rejuvenece la condición humana. Hurgar desde sus saberes hasta las realizaciones del contemporáneo mundo en el que se vive, con sus esplendores, avatares y sueños, contribuye a la necesaria toma de conciencia sobre los destinos de los pueblos. Ellos son los excelsos creadores de la historia y su ilustración merece dignificarse en el recuerdo de los siglos por venir.

Esta pequeña narración está referida a una determinada élite que habló de “razas”, tradiciones, culturas autóctonas, civilizaciones y de los excluidos de los podios e instituciones docentes, académicas y científicas. Pero no por ello deja de merecer análisis justos y rescates generadores de nuevos entendimientos sobre sus aportes al acervo cultural de la nación cubana y, también, del mundo europeo y latinoamericano.

El tema es apasionante. Requiere de revisiones polisémicas continuas. La tendencia de los estudios actuales es la fragmentación de los asuntos, entiéndase peculiaridades, o áreas específicas de los fenómenos, sin articulaciones internas, aunque sus gestores reiteradamente utilicen el término o los semiconceptos de “sincretismos”, “imbricaciones”, “conjunciones”, “pluralidad cultural” o el repetido “ajiaco” del siempre venerado Fernando Ortiz, entre otros. Lo cierto es que la labor científica o divulgativa, por lo general, se inclina hacia un determinado universo con absoluta independencia de sus múltiples aristas e intervínculos.

Bajo la unilateralidad de las visiones se expresan, además, las justas campañas emancipadoras contra las históricas injusticias sociales, bien identificadas por su naturaleza racista y espiritualmente excluyente.

El problema moral y epistemológico radica en que, por lo general, se pretende condenar la historia del oprobio desde su propia visión bajo una casi total des-

contextualización de sus entornos. Los relatos muestran la agonía, casi siempre “solitaria al rojo vivo”, lanzando hacia el infinito sus reclamos por una sociedad diferente, y al tribuno justiciero como un profeta incuestionable, interpretando realidades con proyectos acrisolados dirigidos a la salvación de las “almas abrumadas”, aunque rebeldes e irredentas.

Las polarizaciones y los hegemonismos, entre otras muchas tendencias paralizadoras e incrustantes de la libertad individual, existentes desde el origen mismo de la vida, constituyen excelentes hitos provocadores de la meditación concienzuda y serena sobre el dilema actual de la supervivencia humana como regeneradora de los valores humanos. De ahí la urgencia de leer el mundo de las historias sin los prejuicios acumulados por las conductas sectarias y lamentablemente reduccionistas.

No hay clase o sector social despojado de semejantes males. Ni las culturas dominantes ni las subalternas pueden “limpia e incólumemente” liberarse, en sus reclamos, de semejante atavismo. Solo la cultura, con sus amplitudes inabarcables, puede unir todos los empeños para solidificar el respeto hacia las esencias como verdades que marchan engrandeciendo el futuro.

En esta oportunidad se hablará sobre una específica cultura. Más bien en relación con su interpretación por quienes la asumieron, desde siempre, como baluarte de lucha política. Pero esta última no será abordada en esta ocasión. La autora de *El autonomismo en Cuba* no reabrirá un diálogo sobre el tema; lo harán los lectores, si lo desean. Lo interesante, para esta ocasión, es reflexionar en torno a las ideas que emergen desde el conocimiento intelectual.

La hispanidad, el hispanismo, el simple denominador de “españolismo”, constituyen las coordenadas para mostrar, bajo una justa defensa, el espectro de una indisoluble relación perpetua con los orígenes. Todo está imbricado. A la altura de este tiempo no existen “dominadores ni dominados”, hay, eso sí, una consistente e indetenible criallez en los sujetos conformadores de nuestro específico universo humano.

El hispanismo, en sus múltiples expresiones culturales, generalmente se devela públicamente en los escenarios artísticos y en los encuentros patrocinados por antropólogos, etnólogos y lingüistas. Pero la muestra mayor recae en las artes escénicas.

Tal parece —es un criterio totalmente subjetivo— que los movimientos intelectuales, estrechamente vincu-



Eliseo Giberga

lados a las políticas oficiales o asociativas, pretenden reivindicar “a los olvidados” silenciando o disminuyendo los valores culturales inherentes a las clases dominantes, en los círculos del poder político, durante los siglos coloniales y republicano.

El esquema cerrado y dogmático reaparece continuamente. El fenómeno se invierte de arriba hacia abajo, y viceversa. Lo inculcado como “antagonismos clasistas”, “lucha entre explotados y explotadores”, bajo el rubro de la obsolescencia filosófica, adquiere una dimensión sombría y heterodoxa al negarse la omnipresencia de realidades altamente demostrables por los saberes históricos. Reivindicar lo reivindicable no conlleva la agresión, mediante omisiones lacerantes, contra los también baluartes de la polisémica espiritualidad cubana.

La hispanidad o el hispanismo en el pensamiento autonomista cubano posee múltiples aristas imposibles de abordar en toda su complejidad mediante una sola exposición. Realmente, requiere de un estudio complejo y abarcador de la cultura decimonónica europea, española e insular.

Aunque algunos crean lo contrario, el estudio permanece inédito. En los análisis contemporáneos —me refiero a los realizados después de 1959 por literatos y

lingüistas— la herencia republicana permanece incólume. Se afirma que los exponentes políticos del liberalismo de la segunda mitad del siglo XIX fueron excelentes oradores, brillantes artífices de la escritura y excelsos representantes de la cultura universal. Lo que queda pendiente es el análisis pormenorizado de esas virtudes apreciadas en su relación histórica con la España y la Cuba de entonces. ¿Cómo se pensaba a la llamada “madre patria” y, dentro y fuera de ella, a la Cuba sin nación-estado, y sí con nacionalidad y nación en las ideas y formas de vivir?

Tal vez estos apuntes puedan introducirnos en el debate.

Precisiones necesarias

Dialogaremos sobre la élite. El análisis es, por lo tanto, incompleto. Sin embargo, constituye una interesante coordenada para comprender el papel del liderazgo en la historia de un movimiento político cuya trascendencia resulta innegable en la historia intelectual del país.

Dentro de ese grupo de poder se establecen dos tendencias contradictorias y convergentes a la vez. Por momentos, según los niveles alcanzados dentro de la lucha política, fueron antagónicas, sin grandes consecuencias para la unidad interna del Partido Liberal Autonomista y del liberalismo en su conjunto.

Una de esas corrientes, la conservadora, liderada por Rafael Montoro, Rafael Fernández de Castro y Eliseo Giberga, cuya caracterización es sumamente conocida, ofrece un manantial de elementos sobre el tema que hoy nos ocupa. La otra, autodenominada “izquierdista”, cuyo perfil recae en José Antonio Cortina, Miguel Figueroa, Enrique José Varona y Rafael María de Labra, se centró más en la intimidad insular renovable según sus propias complejidades socioclasistas. El análisis histórico de los procesos fenomenológicos, vinculado al resto del mundo, resulta mucho más evidente en la primera tendencia.

Los representantes de una y otra coincidieron en los mismos escenarios académicos y políticos: las universidades de La Habana y la Central de Madrid, los círculos literarios y científicos parisinos, el Ateneo madrileño, la Sociedad Económica de Amigos del País (SEAP), las Cortes españolas y sus lobbismos gubernamentales, los altos del Louvre habanero y los teatros Irijoa, Tacón y La Caridad, del Cerro. No menos importantes fueron los círculos publicitarios, de extensa repercusión cultural en Cuba, dignamente representados a través de la *Revista Bimestre Cubana*, *Cuba Contemporánea*, *Revista de Cuba*, *Revista Cubana* y los periódicos *El Pueblo de Cuba*, *La Crónica*, *El Triunfo*, *El País* y *El Nuevo País*, entre otros, que devinieron espacios de reflexión continua sobre la suerte presente y futura de Cuba. Igualmente, asumieron la formación intelectual en España, Francia, Estados Unidos y La Habana. Proceden de las mismas clases y sectores sociales: burguesía

media y alta, hacendados, comerciantes e intelectuales, castas militares y clerecía católica.

La España nutriente y continua

Al valorarse el discurso cultural de los líderes autonomistas se aprecia una interiorización continua de los universos hispanos de entonces. El diálogo con la historia y la contemporaneidad nunca cesó, deviniendo en un legado de indiscutible valor epistemológico.

El positivismo, puntual y realista, carente de valoraciones optimistas sobre el necesario despegue de la sociedad española hacia la modernidad desde sus estructuras internas dentro del vasto universo de las relaciones coloniales, fue retomado, con aristas innovadoras, de los pensamientos clásicos de Modesto Lafuente y Emilio Castelar. Por su parte, el gran Marcelino Menéndez y Pelayo y el Horacio humanista impregnaron a los autonomistas el valor de la polémica sociológica, a la vez que el no menos importante Gumersindo de Azcárate los impulsaba a sentir la posible existencia de una sola y omnipresente Europa como parte de un mundo requerido de ensañamientos intelectuales.

El esteticismo literario, con sus galas castellanas desde sus orígenes medievales, traslucido en la literatura de oro calderoniana mediante un teatro vivaz y dinámico, se confundía en el verbo de los insulares académicos cuando, con virtual nostalgia, retomaban, como punto de referencia, el escenario caballeresco de las grandes batallas por la preservación de las tradiciones. Los tiempos modernos, al decir de ellos, modifican los empeños por el mejoramiento humano, pero sin cambiar el sentido de pertenencia con el pasado de las artes, las ciencias y las costumbres.

Tal vez de ahí viniese la exaltación del romanticismo lírico y la descalificación de los pre modernismos, demasiado sonoros y libérrimos para quienes estructuraban sus discursos con los símiles y metáforas de José de Espronceda, José Zorrilla y la controvertida Gertrudis Gómez de Avellaneda, aunque sin renunciamentos lacerantes hacia Ramón de Campoamor y Gaspar Núñez de Arce. La tradición reflexiva modelaba sensibilidades con *La Regenta*, del inolvidable Leopoldo Alas y Ureña (Clarín), y la sugerente Emilia Pardo Bazán.

Los insignes tribunos de la reforma moderna y atemperada al progreso evolutivo “del sentido común”, exigido por los cambios de la industrialización, recreaban la “oportuna inmolación” de los fieles colonizados a favor de la “patria fundacional”, cuya pasión por la libertad alcanzó sus niveles más altos de expresión con las irredentas estampas de Benito Pérez Galdós, artista de la hispanidad y de una nación holgada de patriotismo, cuya necesaria y precisa palabra servía para proteger al mundo colonial de las “difusas bellaquerías francesas”.

Sin embargo, España, ni tan cerrada ni abierta al mundo como algunos suponen, facilitó el vínculo de los artifices del autonomismo hacia una Europa inquier-

tante y cálida para los curiosos por el buen saber intelectual. Los Juegos Florales de la catalana Barcelona ofrecieron a los jóvenes tribunos del reformismo insular la posibilidad del intercambio artístico con los exponentes de la gramática del centro y norte continental, a la vez que atestiguaban, epistolariamente, las renovaciones sufridas por el viejo castellano. Rafael Montoro, Eliseo Giberga y Enrique José Varona hicieron gala de su erudición al respecto.

Era el tiempo retador del arte de las traducciones y su subyacente reciclaje de pensamientos. Se socializaron las ideas junto al intercambio de estilos, pero bajo los cánones de la perpetuidad fundamentalista. El Quijote comenzó a andar por los confines de Francia e Inglaterra sin glorias literarias, aunque sí con mucho humanismo. Los encuentros en el Ateneo de Madrid, bajo la férula del Montoro habanero y el Giberga matancero, sellaban el principio renovador de la Enciclopedia no siempre francesa, y mucho menos española, pero sí universal.

Si la literatura moldeaba “el buen decir” autonomista estructurando su legitimación criollista, sin rompimientos formales hispanos, imbricando la novela moderna y la poesía romántica en el elegante arte de defender ideas, la filosofía, también oficio movilizador de sociales proyectos de vida, hizo caminar la hispanidad más allá de la piel.

En la España de las estructuras arcaicas y milenarias hubo suficiente receptividad para asumir los nuevos aires de la filosofía. El krausismo y el darwinismo social así lo revelaron. De sus fuentes se nutrieron Montoro, el más excelso krausista, sin quebrantos con su hegelianismo de derecha, al igual que Giberga, José del Perojo y José Silverio Jorrín, este último paladín de los abandonados de la sucesión social al estilo del creador de la teoría evolutiva de la especie. Francisco Giner de los Ríos, Alfredo y Laureano Calderón, Rafael Altamirano, Manuel Bartolomé Cossío y Joaquín Costa, entre otros, dialogaban con los autonomistas cubanos mediante la escritura y la palabra, y sobre todo, en las tentativas de cerrar caminos hacia el laicismo necesario.

Es el instante de la masonería de los nuevos tiempos, cuya lanza anticlericalista dejaba sus huellas en la permanente exigencia por una enseñanza libre, masificadora y humanizada. Justo es recordar que los cubanos fueron más abiertos en la Península que en la colonia –salvo Varona– en lo concerniente a una educación más plena de realidades autóctonas. Tal vez la cadena colonial frenó el libre albedrío de sus pensamientos.

Que lo universal pudiese imponerse a lo nacional específico constituyó uno de los tantos dilemas debatidos en los círculos intelectuales donde concurrían los autonomistas. El liderazgo recayó en el mencionado José del Perojo, cuyo españolismo originario vivió en un eterno debate entre la perturbada insularidad, escenario de sus rebeldías contra el colonialismo tradicio-

nal, y la “madre” de todas las patrias ultramarinas. Lo cierto es que él promovió la discusión, aún inacabada, sobre si la universalización de los sistemas ideológicos destruía el valor de la ciencia, particularmente la filosofía, como resguardo de las tradiciones nacionales. En ello radica, posiblemente, la continua referencia, por parte de sus colegas de pensamiento, a los orígenes de los llamados procesos civilizatorios, particularmente el hispano, como baluarte cultural.

Los círculos intelectuales españoles y la literatura procedente del resto de Europa y de Estados Unidos pusieron en contacto a los autonomistas con el debate internacional alrededor de la relación entre el capital y el trabajo, el socialismo, el anarquismo y el movimiento obrero. Realmente en Cuba, desde los inicios de la década del sesenta del siglo XIX, los redactores del periódico *El Siglo*, alineado al reformismo, facilitaron la discusión sobre esos temas, convirtiéndose, contrario a sus propósitos, en un abierto difusor de semejantes pensamientos.

Europa instituyó el escenario idóneo de dichos conocidos movimientos sociales para quienes deseaban inquirir sobre los destinos de los países ultramarinos. Los líderes autonomistas, fundamentalmente Montoro, dialogaron en torno al tema asumiendo las teorías de “la convergencia social”, la inviabilidad de la lucha de clases, la inexistencia del antagonismo ideológico, entre otras muchas cuestiones inherentes al capitalismo como modelo de régimen social.

Los proyectos asumidos por el Partido Liberal Autonomista en torno a los problemas obreros en la Cuba de finales del siglo XIX se vinculan con lo anteriormente expuesto. La estrategia del partido, dirigida a neutralizar el avance del independentismo en el país —fundamentalmente después de la creación del Partido Revolucionario Cubano—, se materializó en la creación de los “círculos obreros” bajo el presupuesto de la lucha reformista, con su marcado ingrediente de “unión fraternal” entre el proletariado y la burguesía en tanto solo esta podía conformar la felicidad y el desarrollo pleno de aquel. De la España obrera, ácrata y socialista, pugnando por acercarse al mundo de la industrialización, se nutrió el autonomismo cubano para contrarrestar la utopía de la redención social, muy presente en los universos obreros insulares.

Los últimos autonomistas del siglo XIX retomaron el discurso de sus antecesores —José Antonio Saco, José Manuel Mestre, José de la Luz y Caballero, el Conde de Pozos Dulces, entre otros— sobre los orígenes de la civilización latinoamericana. La España de su contemporaneidad también los acompañó en el empeño. Para ellos, esta era la eterna nación protectora de la cultura espiritual. Los siglos de dominación colonial llevaban consigo una forma de ser indisolublemente vinculada a la rica espiritualidad de una criollez, al decir de ellos, discriminadora de etnias, grupos raciales y tribus aje-

nas al hispanismo blanco. España es la madre patria, el estandarte sublime de “nuestra raza” y la única portadora de nuestros legítimos orígenes civilizatorios.

La fundamentación histórica de semejante razonamiento, estático y carente de sabiduría, la encontraron en las empresas del descubrimiento, conquista y colonización de América. Para los autonomistas modernos, como para sus continuadores reformistas del siglo XX, con ellas nacieron nuestros países; somos los eternos deudores de la ilustración sembrada por quienes nos acercaron al mundo, y “la raza” blanca y europea dejó su impronta para el bien de unos pueblos “empobrecidos” por sus “oriundas culturas salvajes.”

Lo anterior no contradice los razonamientos críticos que sobre el ejercicio de las políticas coloniales emitieron los líderes autonomistas. Se conoce —digno es reconocerlo— el alcance de sus campañas opositoras contra una historia plagada de desmanes e injusticias, cuya principal víctima fue el criollo “adulto e ilustrado”, preterido por una metrópoli incapaz de entender “la madurez de sus hijos y discípulos” y mucho menos aceptar sus posibilidades de gobernarse autónomamente.

Exhaustivos análisis realizaron en torno a las violaciones sistemáticas de las Leyes de Indias y de cuántos códigos respaldaban la integridad de los “indios” y negros del llamado Nuevo Mundo. Obsérvese el alcance, aún contemporáneo, de esta idea:

“[...] Despierto todavía el genio altivo de una raza no vencida aún por el despotismo, ni atrofiada por la intolerancia religiosa, reflejándose en las elevadas miras y el sentido profundo que en los Consejos de Estado imperaban al comenzarse, en tiempos de los reyes católicos, la obra lenta y difícilísima de legislar para un continente desconocido y sus ignotas islas, inmenso territorio en que iban surgiendo como por encanto vastos dominios, que sobrepujaban en extensión a cuanto pudo soñar el deseo de atrevidos y ambiciosos estadistas [...]”

La crítica jamás puso en duda la obra cultural de un imperio portador de “una ejemplaridad” digna del reconocimiento interno. Pero, para ellos, “los hijos” —por supuesto, los blancos cultos, adinerados y ejercitados en la política— estaban conminados, por la historia y la contemporaneidad, a contribuir, con su sabiduría, al desarrollo de la madre patria a través del desarrollo próspero de la nueva colonia cubana.

La colonia española

La fórmula autonomista, bien lejos de su origen español y muy cercana al Canadá inglés, constituía, según sus defensores cubanos, el camino ideal. De España, la cultura con sus tradiciones, “la raza” incólume; de Inglaterra la experiencia colonial, y de Estados Unidos la prosperidad, el confort y la modernidad. ¡Interesante dicotomía para quienes estudiaron profundamente la historia de los tres países! El comentario queda por los lectores.

Lo cierto es que, dentro de esa misma propuesta, se observa una interesante crítica al ejercicio gubernamental español en el orden de “la supervivencia social”. Para los ideólogos del liderazgo liberal, las relaciones tradicionales de dominación colonial generaron un cubano “dependiente” de las decisiones imperiales e inepto para la adopción del régimen republicano. Olvidaron la larga historia de nuestras luchas políticas desde el instante en que “los salvadores de nuestros pueblos originarios” sembraron su filosofía de la redención social. Omitieron los incesantes clamores de libertad, inherentes a la rebeldía e insubordinación constantes.

El norte, siempre atractivo e indiferente a la suerte del sur, constituía, para los enaltecedores del hispanismo, el modelo de “la laboriosidad” y, sobre todo, el de las esperanzas futuras. Sin embargo, alertaban, fundamentalmente durante la etapa inicial de la república, sobre la posible absorción cultural de los del sur por los del norte. Para enfrentarla estaba el “soporte” de la hispanidad, como si se tratase de una fórmula mágica, al estilo de la Enciclopedia francesa, cuyos poderosos tentáculos pudieran proteger la historia de las mentalidades y las costumbres. De todas formas, para su espacio y tiempo, fue saludable que el ideólogo Giberga, principal exponente de semejante propuesta, ayudara a pensar sobre los peligros de una dependencia extrema de los Estados Unidos. Estas palabras suyas así lo indican:

“No se concibe la necesidad de otro concierto político en que tomen parte las Repúblicas iberoamericanas, que el que se dirija a resguardar la independencia de América, la integridad territorial de sus Estados y el régimen de gobierno popular que han establecido; y tal concierto en América tiene sus factores, que son los Estados Americanos sin distinción de razas [...]”²

Aunque lo he insinuado en otra oportunidad, también he publicado sobre el asunto cuando se referían los líderes de la derecha del Partido Liberal Autonomista al problema racial, retomaban los criterios de José Antonio Saco y de la mayoría de los reformistas anteriores a 1878, que excluían a los negros de la nacionalidad cubana. La Isla era blanca hispana y debía fortalecerse con nuevas oleadas migratorias procedentes de Europa, fundamentalmente de España, cuna de sus orígenes civilizatorios y de la familia. A lo anterior debe agregarse el temor, siempre creciente, de que el independentismo insurreccional resurgiera sustentado, como en el ‘68, en la masa poblacional de origen africano.

En este aspecto, no fueron fieles plagarios de los movimientos abolicionistas radicales de España, donde la Sociedad Abolicionista Española, bajo la emblemática dirección de Rafael María de Labra, contó con numerosos adeptos favorables a la igualdad de derechos civiles, para el mundo americano, entre blancos y negros. Particularmente en Cuba, dentro del campo liberal, sus partidarios fueron, entre otros, Miguel Fi-

gueroa, José A. Cortina, Enrique José Varona y, por supuesto, con distancias ideológicas, Juan Gualberto Gómez. Sin embargo, hubo un denominador común entre ambas tendencias, y era la creencia de que los negros solo podían emanciparse —entiéndase civilizarse— si asumían los patrones culturales españoles, labor educativa digna de ser ejercida solo por los liberales cubanos, por “entender como nadie los orígenes de Cuba”. Estas palabras de Rafael Montoro, pronunciadas durante una de las tantas campañas electorales en Santiago de Cuba, el 9 de enero de 1887, nunca dejaron de estar vigentes en el pensamiento autonomista:

“Necesitamos, por último, que la raza de color, libre ya por los esfuerzos de dos generaciones de liberales, se eduque y se dignifique, mejore sus condiciones, enriquezca sin cesar su cultura y sea modelo de circunspección, para que logre ser también un elemento de progreso y de orden que no sirva de pretexto a los que quieren siempre detener las expansiones del espíritu liberal, presentando a los ojos de todos el aterrador fantasma de Santo Domingo.”³

A lo anteriormente expresado debe agregarse que mientras más se fortaleciera la inmigración familiar blanca española —según los autonomistas—, menos cercana estaría en “la conciencia nacional” la idea del republicanismo radical, cuya experiencia del 68-78 “nos aislaba de los aires renovadores de la política peninsular”. Todos conocemos que el liberalismo y los republicanismos españoles tenían fuertes dosis federalistas



Rafael Montoro

más que propiamente antimonárquicas. De esa fuente polisémica se nutrió el autonomismo cubano.

Las tres figuras seleccionadas para ilustrar “la España pensada” y asumida críticamente con vistas a mejorar las relaciones de dependencia colonial y, sobre todo, para desarrollar prósperamente la colonia moderna, son los mencionados Rafael Montoro, Rafael Fernández de Castro y Eliseo Giberga, ilustres ideólogos de la élite liberal. El primero, Montoro, expandió conceptos novedosos sobre la filosofía y la historia para demostrar los valores del laicismo como sistema político, la libertad de expresión en sus dimensiones universales, el rescate de la cultura tradicional como arma protectora contra los rompimientos sin continuidades y la defensa hacia la renovación social capitalista.

El segundo, Fernández de Castro, asumió el sistema político administrativo de España como preservación de las tradiciones, unidad nacional e independencia política. Sus miradas hacia ese complejo mundo múltiple, de mezcla cultural y psicologías diversas, les hizo comprender el peligro de la ingobernabilidad anárquica en el sostenimiento de la patria como nación. Sus energías las empleó en la denuncia sistemática contra la corrupción política administrativa imperante en Cuba.

Y el tercero, Giberga, divulgó las teorías sobre el sistema de propiedad burguesa, el control censal, el asociacionismo y sus instituciones, la espiritualidad española tradicional y la imperiosa necesidad de reformular los destinos políticos de la colonia sin el rompimiento lacerante con la metrópoli. Pensó en una España apacible tutelando a su pacífica colonia.

“El buen decir”

Cuando los políticos se disputaban los espacios electorales, en los albores de las luchas políticas de la república burguesa, proclamada el 20 de mayo de 1902, el tema de la independencia latinoamericana volvió a retomarse con fuerza. Para los ex autonomistas, las políticas gubernamentales de la metrópoli contribuyeron decisivamente a la pérdida del mundo colonial. Entonces —argumentaban—, los héroes de nuestras gestas consumaron los sueños de los desplazados por el despotismo y la opresión, pero sus raíces estaban en la obra civilizatoria de la madre patria. Fueron, en esencia, los hijos que alcanzaron la mayoría de edad.

También reconocieron que la obra emancipadora estaba incumplida. Así lo reconoció Montoro:

“No debemos olvidar que después de desvanecidos tristemente los ensueños de Bolívar, de fracasado el Congreso de Panamá, de abandonado aquel ideal de unidad social y política que agitó a todo el mundo americano, ansiosos de una concordia perfecta que uniera en sus esfuerzos por el presente y por el porvenir a los pueblos desprendidos de la común madre patria, las naciones hispanoamericanas no solo se constituyeron independientemente unas de otras, sino que han solido

tener y tienen intereses y miras diversos y aun opuestos, causa de frecuentes conflictos [...]”⁴

Sin embargo, debe recordarse que antes que ellos, José Martí había proclamado la necesaria segunda independencia latinoamericana.

Al referirse a sus hispanistas predecesores, además de Saco, los liberales citaban, como línea de continuidad, a Félix Varela, sin apenas mencionar su independentismo, aunque sí su desconfianza sobre la viabilidad del modelo republicano en Cuba; también apelaban a José Agustín Caballero, Francisco de Arango y Parreño, al mencionado Conde de Pozos Dulces y a José de la Luz y Caballero. En todos apreciaron, además del reformismo ideológico y sus aportes a la historia de las ideas en Cuba, los valores culturales de una España que “no sucumbía gracias a sus hijos insulares;” entendimiento interesante en quienes reafirmaban a su metrópoli desde la cultura acumulada en el allende del Atlántico.

Sin embargo, el asombroso cultivador de las lenguas hispanas, el más grande de los hispanistas, José Martí, apenas fue mencionado y, por supuesto, valorado, por quienes no escaparon a los encantos del gran José María Heredia y, particularmente, a su “Oda al Niágara.” Paradójicamente, el estudio de Martí sobre semejante obra de la literatura universal fue publicado por el órgano oficial del Partido Liberal Autonomista, *El Triunfo*, el 12 de enero de 1883. Si bien el Maestro aún no era el que fue después para los cubanos, no es menos cierto que las tertulias en Guanabacoa y su posterior exilio crearon las expectativas en su contra dentro de quienes no aceptaron su pensamiento político.

En los inicios de la república burguesa, junto a una inmensa lista de escritores relevantes y publicaciones periódicas de Cuba y del resto de América, imposible de reproducir en esta ocasión, Rafael Montoro menciona al poeta Martí sin valoración política alguna.⁵ Eliseo Giberga fue algo más elocuente. Aunque sus menciones datan de la primera década del siglo xx y en los contextos de la propaganda electoral, reconoció sus valores como “apóstol del separatismo” y cultivador “de la raza;” refiriéndose, por supuesto, a las letras y a la cultura hispana en su conjunto:

“[...] el apóstol del separatismo en nuestro último período histórico tuvo para ella sentimientos tan hondos y palabras tan altas, tan bellas y tan expresivas, José Martí, que esto solo bastaría para que no nos atreviéramos los hombres que militamos en el autonomismo a mostrar más amor a la raza que el que tuvo José Martí.”⁶

Casi todos los estudiosos del hispanismo secular cubano reconocen los aportes de los “cultivadores del buen decir” —como se les suele llamar a los escritores, oradores, políticos y filósofos autonomistas— a la cultura cubana y, particularmente, en el campo literario. Tanto Manuel Sanguily como Raimundo Cabrera, en su momento, dejaron sustanciosos estudios, retomados por José María Chacón y Calvo, Cintio Vitier, José Lezama

Lima, José Antonio Portuondo, Salvador Bueno, Max Henríquez Ureña y no pocos ilustres docentes, sobre un fenómeno eclosivo en las letras cubanas.

Recordar este significativo asunto constituye un valioso referente para la “tragedia” que vive el mundo hispano, y Cuba en particular, en el habla común.

Si inestimable resulta la lectura de los discursos, artículos, ensayos, crónicas y reseñas de los excelsos liberales, fundamentalmente de Rafael Montoro, Eliseo Giberga, Antonio Govín, Rafael Fernández de Castro y José María Gálvez, no lo son menos sus valoraciones sobre las esencias antropológicas y sociológicas del uso del idioma como expresión de la identidad nacional.

Para ellos, acertadamente, defender la lengua materna iba más allá de la recreación de un buen gusto o de la mera presentación formal de los códigos y símbolos de un castellano interiorizado en la criollez de los fonemas, modelando la existencia de un cubano asumido y razonado desde su propia historia. Bien vale la pena, concluir señalando las opiniones, textualmente reproducidas en esta oportunidad, del erudito Eliseo Giberga:

“El lenguaje ha sido y será siempre lo que más una a los hombres y lo que más distingue a unos de otros. Es algo más íntimo y más fuerte que la misma religión.”

“La religión, en ciertos estados de conciencia, depende de la voluntad individual, pero no el lenguaje. Y es tanta su influencia sobre el espíritu humano, que las lenguas han sido, durante el pasado siglo, y todavía son uno de los elementos más importantes de la política europea, y las que mantienen agitados y revueltos a

pueblos que por ellas sienten su unidad moral, y por ellas aspiran a su unidad y personalidad política.”⁷ [...]

“Sólo al perder la lengua propia pierde un pueblo su personalidad histórica.”⁸ [...]

“Valemos, pues, por la pureza de nuestra lengua. Será obra de consistencia social, obra patriótica en un superior sentido de la palabra, la que al mantenerla realizaremos, porque la pureza de la lengua contribuirá a mantener la cohesión de nuestro espíritu.”⁹ [...]

“Por fortuna, entre tanta variedad actúa un elemento de unificación y cohesión, que es fuerte y enérgico vínculo social; y de ahí la importancia que para los pueblos que de España descienden tiene el hispanismo, es decir, la intimidad hispanoamericana. Es el vínculo que constituye el espíritu común a todos ellos, que en cada Estado tiende a unir a los elementos disímiles no fundidos todavía en un tipo único definitivo: la lengua común, la que forjó España, pero a cuya riqueza y esplendor ha contribuido América, ya aportándole la masa popular nuestros vocablos, expresivos de nuevas cosas, ideas o necesidades, o restituyéndole palabras que en España se olvidaran o eran solo moribundos arcaísmos, ya cultivándola y puliéndola y embelleciéndola los poetas y escritores con la suprema elegancia y gallardía que hemos admirado[...].”¹⁰

Asumir los pensamientos de la historia es parte de la obra gigantesca que debemos hacer, si de la salvación de la nacionalidad cubana se trata. A la altura del presente, más allá de los orígenes, somos cubanos.

Notas:

1- Rafael Montoro: “La colonización de la historia” (Edit. San Martín, Madrid, 1876), en *Obras*, Editorial Cultural, S.A., La Habana, 1930, t. 1, p. 13.

2- Eliseo Giberga: “Discurso pronunciado en la recepción que en su honor celebró la ‘Casa de las Américas’ de Barcelona, la noche del 24 de octubre de 1912”, en *Obras Completas*, t. 1, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Ca., La Habana, 1930, p. 467.

3- Rafael Montoro: “Discurso pronunciado en Santiago de Cuba, el 9 de enero de 1887”, en ob. cit., t. 1, p. 197.

4- Rafael Montoro: Ob. cit., t. 2, p. 198.

5- Rafael Montoro: “Resumen del Movimiento Literario de los 25 años de República” (s/f), en ob. cit., t. 3, p. 232.

6- Eliseo Giberga: “Discurso pronunciado en El Ateneo y Círculo de la Habana, el 9 de mayo de 1913”, en ob. cit., t.1, pp. 511-12.

7- Eliseo Giberga: “Discurso pronunciado el 9 de noviembre de 1909, en la velada celebrada por el Ateneo de la Habana en honor a D. Juan Cavestany, poeta, senador del reino de España y académico de La Española”, en ob. cit., t. 1, p. 419.

8- Eliseo Giberga: *Ibíd.*, p. 421.

9- Eliseo Giberga: *Ibíd.*, p. 423.

10- Eliseo Giberga: Discurso pronunciado en la velada que se efectuó en el Gran Teatro de Cádiz, el 3 de octubre de 1912, en ob. cit., t. 1, p. 457.